

y extraña, y preguntó á Isey cómo le había probado una sangría hecha á un hombre blanco.

Desde aquel punto, Isey juzgó no ser ya del caso guardar silencio, y todo lo contó.

Cuantas pesquisas se hicieron para descubrir aquella casa blanca resultaron infructuosas. Isey y los que á ella lo condujeron, la designaron, y con haberla registrado de arriba abajo, no hallaron á nadie, ni vestigio de lo visto por el médico. Lo mejor fué que los vecinos dijeron que la puerta de aquella casa hacía largo tiempo que permanecía cerrada y que no habían visto á ningún hombre blanco ni á ningún obrero. Isey dióse á entender que algunos diablos lo habían hecho su juguete.

Los autores de aquella broma fueron el señor de Meuse y una docena de jóvenes tan locos como él, que á escote recaudaron una cantidad importante é hicieron la jugarreta que va dicha. Uno de ellos consintió en hacerse sangrar; los otros representaron los diferentes papeles y, como insensatos se rieron del miedo que habían hecho al pobre Isey.

Para divertirse más, guardaron todos el mayor secreto, y, de noche, entraron por los jardines en aquella casa, propiedad de uno de ellos, y la aparejaron como hemos visto.

El de Meuse me contó la historia dos meses después.

De nosotras, la que tuvo el olfato más fino fué la señorita Aissé. Nosotras no queríamos creerla, y, sin embargo, tenía razón.

## LXI

No me cabe ahora otro remedio que contar una verdadera simpleza, una cosa que me perjudicó mucho más que mis innumerables locuras; porque lo que la sociedad de aquel tiempo no perdonaba de ningún modo, era la necedad. Y yo fui necia. El de Meuse empezaba á tratarme con desapego, y como en mí el amor nunca ha sido ciego, lo advertí, y me eché á pensar cómo podría componérmelas para evitar un rompimiento del que recaerían sobre mí todas las sinrazones; era difícil.

Cada cual por nuestro lado habíamos ido á ver al duque de Gesvres, enfermo en Saint-Ouen, donde recibía á toda Francia en su lecho, como una parida; era una comedia, y de las más divertidas que imaginar se pueden. Entonces estaban en auge los lazos y las randas, modas necias que felizmente cayeron en desuso.

El duque de Gesvres, feísimo, muy pequeño y horrorosamente contrahecho, estaba en su cama, guarnecida de cintas y encajes; doquiera había flores, randas y lazos al alcance de su mano, y rodeábanlo sus amigos, todos vestidos de verde, casaca, chupa y calzones.

Allí había mesas de veinte cubiertos constantemente servidas, y en todas partes y con rabiosa elegancia brillaba el verde.

Otras veces, el duque se levantaba y se acomodaba en una poltrona verde, envuelto en un cubrepies de igual color, tocado con un sombrero gris bordado de verde y con plumero verde y ostentando en la mano un ramo.

Figúrese el lector el aspecto de tanto verde y lo que de tal monigote decía la gente.

El hermano de Gesvres, el duque de Epernón, tenía otra locura, la de la medicina y la cirugía; quería medicar á todo el mundo, y si le caía en las manos un infeliz sin conocimiento, le hacía la operación del trépano. En fin, casó el de Epernón á uno de sus cocheros y le dió veinticinco luises para que, la noche de bodas, se dejase sangrar.

Nosotros habíamos ido á disfrutar de tal espectáculo, y de él regresábamos juntos el marqués y yo, conversando con cierta acrimonia, y echándome él en rostro mis exigencias; que así es como siempre se concluye en amor.

— Caballero—le dije,—lo he meditado bien, y si eso continúa, me obligará V. á reconciliarme con mi marido.

— No seré yo quien me oponga, señora; sé demasiado lo que debo á V.

— El señor del Deffand tiene para mí el mayor de los defectos; me aburre: de no ser así, no habría hombre que pudiese parangonársele, se lo juro á V.

— Doy á V. un millón de gracias.

— Hágame V. el favor de ser menos desagradable, marqués; nos ponemos en evidencia.

— Hágame V. la merced de ser menos exigente, marquesa; nos hacemos objeto de burla.

— Confíese V. que no vale eso la pena.

— Y V. confíese que nos portamos como chiquillos.

— Con tal no sea V. tan voltario, soy capaz de confesar cuanto V. quiera.

— ¿De veras?

— De veras.

— Pues bien, confíese V. que el señor Berthier no le desagrada, y que la señorita Aissé se lo ha dado

á conocer á V. confiada en que le disiparía su tristeza.

— Podría muy bien ser así.

— Confíese V. que la señorita Aissé, deferente al encargo que V. le hizo, ha inducido amablemente al señor Berthier á cortarse los dos largos rizos de su peluca, que le envejecían, á fin de serle á V. más agradable.

— No lo niego.

— ¡Cómo! ¿no lo oculta V.?

— ¿Para qué? Sé que eso nada le importa á V.; en cuanto á mí, eso me aburre menos que lo demás. Usted no puede tomar á mal que yo me ocupe en los rizos de una peluca.

Por este diapasón continuamos hasta mi casa, y, al despedirse de mí el marqués á la puerta, mi lacayo me advirtió que me estaba aguardando un caballero portador de una carta importante de mi hermano.

Apresuráme á entrar en la sala, y encontré á un hidalgo borgoñón conocidísimo y que había tomado un ademán apropiado á las circunstancias.

El hidalgo me entregó una carta de mi hermano, en la cual éste me notificaba la muerte de nuestra abuela, la duquesa de Choiseul, viuda en primeras nupcias del presidente Brulard, presidente primero del parlamento de Dijón, y la de María Boutillier de Chavigny, muerta, la víspera, casi repentinamente, en la calle del Templo, á los ochenta y dos años de edad. Yo me encontraba en Sceaux, y los míos no creyeron necesario advertirme.

Mi hermano, que había llegado hacía tres ó cuatro días, vivía con ella, así como el señor de Choiseul. Yo la veía raras veces.

La duquesa me legó cuatro mil libras de renta, lo cual era para mí un aumento considerable.

Lloré muy poco, y me acosté, esperando para el día siguiente la visita de mi hermano, el cual vino efectivamente, y empezó á sermonearme respecto de mi posición y de mi modo de vivir separada del señor del Deffand, modo de vivir que levantaba obstáculos á mi familia y me colocaba á mí misma en situación distinta de las demás mujeres.

— Llámalo á tu lado y vivid juntos — me dijo mi hermano. — Eres joven y hermosa, y te calumnian. Además, con el señor del Deffand vivirás más á tus anchas. Dime, ¿no quieres tener hijos?

Mi hermano me molestó asidua y largamente, y como varios de sus amigos lo secundaron, de ahí una interminable cadena de diligencias y reflexiones de una y otra parte, hasta que, por último, consentí.

Habíamos acordado que el señor del Deffand iría á casa de su padre y pasaría allí medio año; mi hermano le escribió, y, en vez de contestar, el pobre hombre, enamorado, lo abandonó todo y se presentó en casa del señor de Chamrond tan gozoso, que éste no pudo refrenarlo.

Mi hermano se apresuró á notificarme lo que ocurría, y como no era eso lo que yo esperaba, protesté.

Yo estaba decidida á vivir seis meses como una vestal antes de volver á ver á mi marido, pues no quería sospechas injuriosas entre nosotros, no de parte de él, sino de la gente, y aquel regreso lo modificaba todo de tal suerte, que ya no sabía á qué santo encomendarme.

Envié por varias amigas mías, á fin de hablar del asunto con mi hermano y yo, y el resultado de la conferencia fué que al señor del Deffand no podía despedírsele, primeramente porque él no se iría, y después porque esto no sentaría bien á los ojos de los que conocían el paso dado por él. Había para neemistarnos para siempre más.

Instada para que me viese con el señor del Deffand, me resistí á efectuarlo, á lo cual me objetaron que no era aquél tan terrible como eso, y aun la señora de Launay salió inmediatamente en su busca.

Cuando me anunciaron la llegada de mi marido, me roburicé y pedí que me concedieran media hora de respiro.

— No — me contestaron; — lo mejor para V. es esta reconciliación. Véanse Vds. dos, arréglense Vds., y mañana sea esta la nueva que se difunda por la ciudad y por la corte.

Cedí, como suelo hacerlo siempre, inmediatamente, para que no me soben, y se retiraron todos, menos mi hermano, que introdujo al señor del Deffand y con éste me dejó á solas.

De buenas á primeras me quedé más que medianamente corrida, lo confieso; pero al mirar á aquel pobre hombre, me reanimé; él estaba más corrido que yo.

— Señora... — me dijo mi marido. Y al cabo de algunos segundos añadió: — Soy... soy... muy dichoso.

Dichas estas palabras, el señor del Deffand se llegó á mí, me cogió la mano y me la besó.

— Y yo también, caballero — le contesté, ya dueña de mí misma, — yo también estoy contentísima.

— Ya no volveremos á separarnos, señora, ¿no es verdad?

— Sí volveremos, y V. dispense.

— ¿Otra vez?

— Y ahora mismo, si le place.

— ¡Cómo! ¿no me quedo aquí?

— No, señor.

— ¿Por qué?

— Porque es imposible.

— Pero...

— No quiero que seamos V. ni yo la comidilla de cuantos nos conocen, ni que en el puente Nuevo andemos en coplas.

— ¡El insolente que osara...!

— Ya sé que es V. valiente; pero nadie lo es contra el público entero, y el público tomaría cartas en el asunto, yo le respondo de ello.

— ¿Y qué le importa eso al público?

— A él, nada, pero sí á nosotros. V. no sabe cómo las gastan en París; aquí atribuyen amantes á todas las mujeres; con razón ó sin ella, también yo he pagado la patente como las demás. No quiero que á V. lo acusen de compartir tal opinión, y probaré claramente que no soy mujer para imponer á usted tales bajezas.

— Lo creo.

— Pero ellos no lo creerán si no les prueban eso hasta la saciedad, y aun. Pero mis amigos lo creerán, V. y yo lo sabemos, y esto me basta.

— Es V. un ángel.

— Soy una mujer honrada desde el punto de vista de la lealtad, y lo sostendré hasta la muerte.

— ¿Conque he de volverme al lugar de donde vengo?

— No; pues está V. aquí, eso no puede ser; pero no viviremos juntos. Vendrá V. á comer y á cenar aquí, y nos presentaremos en todas partes; pero no pasará V. la noche en mi casa.

Mi marido puso mala cara. En cuanto á mí, me mantuve firme, y á pesar de sus instancias no di mi brazo á torcer.

— Mi hermosa marquesa — decía el señor del Deffand, — eso es una crueldad, pues, al cabo, soy su marido.

— Por eso quiero que lo respeten á V., caballero, y por eso también no lo pondré á V. en ridículo; soy

sincera y recta, y por quien soy le juro que no tendrá V. que echarme nada en rostro.

Mi marido se sometió á regañadientes.

Desde aquel día vinieron á cenar con nosotros algunas personas, y el señor del Deffand ocupó sitio frente á mí, é hizo los honores de la casa, como amo.

Convencida de que el señor de Meuse daría de lado con sus asperezas y estaría satisfecho de verse libre de sus trabas, le escribí una carta sucinta, pero atenta, y aun diré afectuosa desde el punto de vista de la amistad, carta en la cual le rogué que no volviese.

«Ya volveremos á vernos, le decía, y siempre me hallará V. dispuesta á demostrarle la verdadera satisfacción que me causa su presencia.»

Mientras estábamos cenando me trajeron la contestación, y me la metí en la faltriquera para leerla una vez á solas. Luego puse todo mi conato en mostrarme amable y en aparentar una satisfacción que de mí estaba muy lejos.

El señor del Deffand reventaba de gozo y me miraba en silencio, y aun sé decir que despertó en mi corazón un arranque de verdadero afecto; hubiera querido amarle más, pero eso no dependía de mí. La amistad es tan involuntaria como el amor.

Concluída la cena y después de haber conversado un rato más, los convidados se fueron, y con ellos el señor del Deffand, que exhalaba profundos suspiros, lo cual hizo reír grandemente á quienes lo oyeron; que ya es sabido que la gente no compadece tales infortunios.

Una vez á solas, abrí la carta del señor de Meuse, esperando hallar en ella algunas líneas de quejas y algunas frases hechas, según uso de los afectos que

tocan á su fin y que se placen en deshacerse de la gente; pero, júzguese de mi sorpresa al leer lo que sigue:

«Señora: Lejos estaba de esperar una mala acción como la de que acaba V. de hacerme objeto. La despedida que me da V. es la más sensible y la menos merecida que se haya echado en rostro á un hombre. La amo á V. hace demasiado tiempo para tomarla en serio, y ese fantasmón de marido, sobre todo, me parece admirablemente inventado como pretexto. Vea V. lo que hace, señora; yo no soy de aquellos á quienes se despide y que, sin protestar, dejan que los despidan. La amo á V.; V. se ha dignado amarme también un poco, y como no estamos cansados uno de otro, no veo por qué nos separaríamos. Medite V., pues; no le exijo á V. que meta ruido; pero le advierto que no miro como rotas nuestras relaciones y que, para echarme cuando no quiero irme, se necesita otra cosa que un capricho y el regreso de un marido que solamente lo es de nombre.»

El papel me cayó de las manos, y con ver claramente que el amor propio y la contradicción habían tomado cartas en el asunto, mi cobarde corazón tuvo la debilidad de alegrarse. Yo no sabía dónde dar de cabeza; me había avanzado en demasía, y no veía el modo de retroceder con el señor del Deffand y la gente. Además, me eran conocidos el marqués y sus terquedades, y si se empeñaba en no abandonar el sitio, parecíame imposible arrojarle de él.

Aquella noche no pegué los ojos.

La reflexión, la razón, me aconsejaban que no cesase ante el señor de Meuse; porque ¿qué podía temer de él más que alguna áspera queja si me encontraba á solas y en lugar propicio?, porque, ante el

público, no había que pensar. ¿No era preferible arros-  
trar tal peligro á volver á pasar las angustias que  
ya pasado había, á darme el empaque de una ilusa  
que no sabe lo que quiere? Así, pues, contesté á Meuse:

«Se engaña V., marqués; he hablado á V. con toda formalidad, es imposible que continuemos tratándonos como nos tratábamos. Por más que V. diga, V. ha dejado de amarme, me ha dado á comprender repetidas veces que nuestras relaciones le pesaban, y he tenido que buscar el modo más fácil y más conveniente de romperlas. Este modo lo he hallado en el regreso del señor del Deffand á mi lado. No lo dejo á V., ni doy á V. rival ni sucesor; no tiene V. motivo de queja. Absténgase V., pues, de venir diariamente á mi casa, no reaparezca V. por ella sino muy de tarde en tarde, y no en seguida; lo cual no quiere decir que le cierre del todo la puerta. Pórtese V. como caballero, y muestre cuán digno era V. de la amistad que nunca dejaré de sentir por V.»

Una vez hube enviado á su destino esta carta, quedé más tranquila, no porque esperase de ella un grande efecto, sino porque había cumplido yo con mi deber. El señor del Deffand llegó temprano y no se separó de mí en todo el día, y por la noche fuimos á cenar á casa de la duquesa de la Valliere, donde la primera persona que vi fué el señor de Meuse, que parecía esperarme; á lo menos estaba junto á la puerta, y, á mi paso, me lanzó una mirada fulminante que me trastornó por tal manera, que al saludar á la duquesa y á las otras damas de la tertulia hice dos ó tres tonterías que debieron de poner en evidencia mi turbación, que, sin embargo, nada enseñaba á nadie.

Busqué sitio, y apenas me hube sentado, el mar-

qués se llegó á mí y me hizo una profunda cortesía, á la que correspondí con toda la indiferente civilidad que supe.

— Ya yo sabía que me cabría la honra de encontrar á V. aquí esta noche, señora — me dijo el marqués, sentándose en un taburete vacante detrás de mí sillón; — por eso he venido.

— Gracias por su amabilidad en traerme tan pronto una contestación, caballero. Todo está arreglado, queda hecha la paz, ¿no es verdad?

— ¿La paz? — articuló el marqués; — pero, señora, si no estamos en guerra; tengo para mí que nada ha variado en nuestras relaciones.

El ver que el de Meuse estaba decidido á tenérselas tiasas conmigo, me impacientó y me alentó. Así, pues, le repliqué:

— Ea, no nos chanceemos, caballero.

— No me chanceo, señora.

— Ya V. sabe que hay que poner la señal, y que nuestra novela para en este capítulo.

— No sé nada de eso, señora, y V. sabe que no quiero saberlo.

— En este caso, me voy.

— Es inútil que se vaya V., señora, la seguiré á V.

Al oír estas palabras me puse encendida de cólera; con todo, me levanté, al ver lo cual el marqués me ofreció la mano sonriéndose con tanta amabilidad, que ante los testigos que nos miraban y se preparaban á hacernos pasto de sus hablillas, no pude negarme. Cruzamos, pues, el de Meuse y yo pomposamente el salón, bajo las miradas de todos, y parecidos á casados de aldea. El marqués, que era hombre de finísimos modales, hacía gala de una cortesía sin límites, y de tal suerte me estrechaba la mano, que me la lastimaba; nunca me había visto en semejante suplicio.

La duquesa se compadeció de mí y me llamó, y entonces el de Meuse no tuvo más remedio que soltarme. Dirigióme la duquesa algunas palabras amables, me hizo sentar á su lado y se ingenió de tal modo en rodearme de nuestros amigos, que el marqués se vió imposibilitado de empezar de nuevo.

## LXII

Durante algunos días continuaron las escaramuzas, sin que el marqués ni yo cediésemos: él movido por su testarudez y obedeciendo á un plan preconcebido, y yo porque me correspondía mantenerme firme, á lo cual contribuía el parecer ajeno, el de mis amigos. En esto echaba yo de ver que estaba mi porvenir.

El señor del Deffand se mostraba asiduamente y su amor aumentaba más y más, hasta hacerse molesto, obligándome á armarme de rigores, pues yo no quería ni debía ceder á sus instancias antes del plazo fijado.

La lucha se hacía cada vez más violenta; yo combatía, por un lado contra mi marido, y por el otro contra el señor de Meuse. No recuerdo haber pasado en mi vida una temporada más cruel.

Mi marido y yo hacíamos visitas y comíamos y cenábamos en la fonda, y tan bien me las componía yo, que nunca encontraba al marqués; el cual, fuera de quicio, me escribía cartas fulminantes, en las que me amenazaba con todas las extravagancias de la tierra si no cedía á su voluntad.

¡Ay! vergüenza me da decirlo; pero mordí nuevamente en el anzuelo. Placiame aquella resiste-

cia, combatir aquella dicha, vedándome á mí misma exteriorizarla. De haber tenido yo algún apoyo, indudablemente habría triunfado; pero, muy al revés de esto, me empujaron.

El señor del Deffand era torpe como él solo. Su estudiada bondad y su fingida ternura dábanme náuseas. Apenas amanecía, presentábase en mi casa; pero permitiéndole entrar en mis habitaciones, se instalaba en la puerta y á cada dos por tres se levantaba para preguntar á mis criadas á qué hora las llamaba yo.

— Señor marqués — le respondían, — no tiene V. más que para hora y media.

Las muchachas se burlaban de él y venían á decirme cuando me despertaba. Yo me revolví un rato más en la cama, á fin de retardar el momento; pero tan pronto mi marido sabía que me encontraba en mi tocador, acudía solícito, me besaba la mano, hacía mil locuras, y cuando, impacientada, lo reprendía, poníase grave, sentábase frente á mí y hablaba de todo, aun de lo más molesto y pesado, y me interrogaba y me exigía que le diese mi opinión, sin ver que yo no lo escuchaba.

Mis amigos, á quienes no comunicaba yo mi pensamiento, temerosos de estorbarnos solían dejarnos solos.

No puedo decir cuál era mi vida y cuánto me aburrían aquellas prolongadas conversaciones á solas. Con todo eso, había aceptado lo porvenir como mujer resignada. Para no dar que hablar, me sacrificaba, me abnegaba como mártir á la vergüenza y al parecer ajenos. Esto era grande; pero era menester otro carácter que el mío para sostener semejante heroísmo.

Los días transcurridos iban cayendo sobre mí cual plomo. Despertábame con el alma quebrantada, y

al mirar en torno mío, presentábaseme, antes que él en persona, el espectro de mi marido. Por otra parte, el marqués me llamaba, y yo resistía y padecía. ¡Qué tormento!

— ¿Va á ser eternamente así mi vida? — decíame á mí misma. — Ea, voy á hacerme ingeniosa ó devota, de lo contrario me moriría; fuerza es que nos ocupemos en algo.

¡Ingeniosa! Ni vestigios de ingenio me quedaban: me había vuelto necia.

¡Devota! ¿Cómo, si me faltaban la fe y la ternura necesarias á la devoción?

¿Qué hacer?

Lo esperé todo del tiempo, y quise darme á entender que á ello me acostumbraría; pero ¡ay! no me acostumbraba. Mi boca no se abría; pero ¡qué papel el mío! No daba ya con respuesta alguna, ni sabía qué decir en la conversación; mi marido hablaba solo.

— ¿Qué le pasa á V.? — me preguntaba la señorita Aissé.

— Nada — le contestaba yo, sin que ella me comprendiese; y es que la buena y virtuosa doncella sólo comprendía el deber.

— ¡Ha estado V. tan alegre por espacio de seis semanas! ¿No lo está V. ya?

— Sí, lo estoy.

La señorita Aissé tomaba en serio mi comedia, comedia que ya no me hallaba yo con fuerzas de continuar representando.

Eso no lo veía la señorita Aissé.

También la señora de Parabere me interrogaba, y mis amigos mostrábanse alarmados.

— ¿Qué cara es esa? ¿qué ocurre? — preguntábame la marquesa.

— Me aburro — contestaba yo.

— ¿Tiene la culpa de eso su marido de V.?  
 — Lo temo.  
 — Pues déjelo V. y envíe V. por el marqués, que no anhela otra cosa, según me lo repite incessantemente. Si continúa V. desoyéndolo, hará el tal una majadería.

— ¡Válgame Dios! ¿qué dirá la gente?  
 — ¡La gente! Pero ¿V. hace caso de la gente? La gente siempre habla; con razón ó sin ella, necesita glosar. Si no habla de esto, hablará de otra cosa. Haga V. de la gente el mismo caso que yo, ninguno.

En esto llegó la señora de Staal, y me dijo:  
 — ¡Ah! señora, la esperan á V. en Sceaux. La señora duquesa del Maine no puede vivir sin V.

— Discúlpeme V. á los ojos de Su Alteza; me es imposible ir á verla; mi marido está aquí.

— ¿No puede V. dejarlo por algunas semanas?  
 — No, señora, ni por sesenta minutos antes de seis meses.

— Pues vaya V. con él.  
 — Menos. No debemos habitar bajo el mismo techó. Además... V. no sabe lo que me pide.

— ¿Es fastidioso?  
 — ¡Ay!  
 — Pues no vaya V. con él. La señora duquesa no podría soportarlo.

— ¡A quién lo dice V.! ¿Nunca la visita V. en compañía del señor de Staal?  
 Con haber dicho yo eso candorosamente, la señora de Parabere se echó á reir, y exclamó:

— ¡Ah picarilla! Felizmente no soy de las que opinan que la mujer y el marido sólo forman uno.

— Al contrario, á veces forman tres, ó cuatro, lo cual es comunísimo.

Las dos nos reimos de esta verdad, y eso me alivió grandemente, pues me reía yo muy poco.

Huelga decir que tales palabras germinaban en mi cabeza, y que me tenía á mí misma por muy desventurada, tanto más cuanto que me compadecían. Y á tal extremo llegaron las cosas, y era tan lúgubre mi aspecto, y mi tristeza era tan uniforme, y alterábanse de tal suerte mis facciones, que aun mi marido no pudo menos de notarlas.

El señor del Deffand suspiraba, alzaba al cielo los ojos, y con tener deseos de hablar, no se atrevía á hacerlo; por fin, cierta noche en que ambos, tan fastidiosos como fastidiados uno de otro, pasábamos el tiempo mirándonos, mi marido me dijo, después de haber, según la máxima del sabio, dado siete vueltas á su lengua:

— Señora...

— ¿Caballero?

— Señora, ¡oh! señora...

— ¿Qué?

— Conozco que le soy á V. desagradable, señora.

— No me lo es V.

— ¿De veras, señora?

— No me desplace V.—contesté como quien siente ímpetus de morder y aprieta los dientes para no sucumbir á la tentación.

— ¡Ah! señora, veo que ha dejado V. de amarme.

— ¿Dejado? mucho orgullo revela en V. esta palabra.

— ¿Así, pues, nunca me ha amado V.?

— Siempre le he amado á V. como ahora.

— ¡Qué poco!

Y al ver mi marido que yo, que no quería quitarle ese poco, no le contestaba, añadió:

— ¿Qué he de hacer, señora?

— Lo que á V. le plazca.

— ¿No me da V. consejos?

— No me corresponde; tiene V. más edad que yo

y sabe V. guiarse. Nunca le han acusado á V. de atolondrado.

— ¿He de partir?

— No le despido á V.

— ¿He de quedarme?

— Tampoco le retengo.

— Me da V. mucha pena, señora.

— Involuntariamente en tal caso. No le pongo á V. cortapisa alguna; no ha oído V. de mis labios una sola palabra que pueda contrariarlo.

— Ni siquiera se toma V. esta molestia.

Era verdad.

Nada más añadimos aquel día, y ambos nos quedamos en nuestro respectivo sitio entregados á la reflexión mientras llegaba la hora de la cena.

Yo pasaba el tiempo haciendo lazos de cintas, de los que me salían mal más de la mitad.

Luego vinieron algunas visitas que nos arrancaron á nuestra soledad.

Aquellas escenas, ó, más bien dicho, aquellas conversaciones, se renovaron á menudo. Yo no podía resistirlo, me moría. El tedio me embotaba la inteligencia, ya no salía de mis labios ninguna agudeza, me volvía estúpida.

Por fin tomé una resolución, y mi marido me dejó hacer.

— ¿Qué quiere V.? — le decía yo á la señora de Parabere, que me echaba en cara mi apatía; — me volveré idiota, y todo habrá concluído.

— Esto carece de sentido común — me contestaba aquélla; — cuando una mujer tiene el talento que V., no es libre de disponer de él, lo debe á los demás.

La señora de Parabere se propuso sacarme del atoladero, sin decirme nada, y cierto día se presentó en casa de mi marido, que se quedó asombrado al

verla entrar, y se deshizo en reverencias y saludos y avanzó todos los sillones de su salón. ¡Ya lo creo! ¡una dama tan hermosa!

— Caballero — dijo la marquesa, — pido á V. mil perdones; pero no vengo de parte de la señora del Deffand, sino de la mía.

— Me tengo por muy honrado, señora, y me pongo humildemente á sus órdenes.

— ¿Sabe V. que la señora del Deffand se está muriendo?

— ¡Que mi mujer se está muriendo! — exclamó el marqués sobresaltado. — ¿Cómo puede ser eso? Anoche cené con ella, que comió con mucho apetito, y esta mañana, al enviar á preguntar por su salud á causa de serme imposible ir á verla tan temprano como de costumbre, han contestado que había dormido sosegadamente. ¿Le ha caído una chimenea en la cabeza?

De un modo tan singular pronunció el señor del Deffand esta última frase, que la señora de Parabere rompió en una carcajada.

— No, caballero — contestó la marquesa, — no se muere de resultas de haberle caído en la cabeza una chimenea; lo que la mata es el tedio.

— ¿El tedio?

— Sí, señor.

— ¡Ay! no puedo remediarlo.

— Al contrario, V. es el único que puede hacer algo.

— ¿Cómo?

— Yéndose V.

El pobre marqués se quedó por un instante como quien ve visiones, y exclamó:

— ¿Me dice V. eso por encargo de mi mujer?

— No, lo he adivinado. ¡Lástima que no lo adivine V. también!

— ¿Así, pues, soy yo quien la aburre?

— ¿V. no lo conoce?

— No, señora; mi mujer es tan buena, que me lo oculta.

Mi marido nada sospechaba á pesar de nuestras disputas y de nuestras explicaciones. Todo lo tomaba como hijo del mal humor ó por una comedia, á fin de cumplir mejor nuestros juramentos alejando de nosotros las tentaciones y la ternura.

La señora de Parabere y mi marido pasaron una hora hablando sobre tan lindo tema, y el resultado fué que aquélla llegó á mi casa brincando y diciéndome regocijadamente:

— Deme V. las gracias, amiga mía, todo lo he arreglado; el señor del Deffand va á venir para despedirse de V.

— ¿Cómo? ¿qué pasa?

La señora de Parabere me contó la conversación, que me pareció de perlas, y luego añadió:

— Mañana cenaremos en mi casa con el marqués, y todo quedará olvidado.

Bastante débil y necia para creer en aquellos nuevos goces, me sentí rejuvenecida y abracé á la señora de Parabere, que acababa de hacerme tan flaco servicio.

— ¿Qué dirá la gente? — repuse.

— La gente hablará durante ocho días, y después se ocupará en otra cosa.

— ¿Y mis amigas?

— Las gazmoñas le volverán á V. le espalda; pero si tiene V. talento, correrán luego en pos de V. Créame V., amiga mía.

Nos reímos como extravagantes, y todavía nos estábamos riendo, cuando llegó una carta de mi marido, carta que he conservado y que á las veces me hace el efecto de un remordimiento.

Hela aquí:

«Señora: Era mi propósito, antes de ponerme en camino, besar á V. la mano; pero no me atrevo. Si voy á su casa de V., temo quedarme en ella retenido por V., y que luego sienta V. haberme retenido. Sirva, pues, la presente de despedida; me vuelvo á casa de mi padre, adonde debiera haber tornado inmediatamente para no aburrirla á V. Nada tema V., no es mi ánimo hacerla á V. desgraciada; conozco que no hemos nacido el uno para el otro, y viviré alejado de V. hasta que V. me diga que ya no la aburro. Eso no pasará nunca, y hago votos por que le sea á V. grata la libertad que le devuelvo.»

Sentí un pesar tan grande, que, de haberme encontrado sola, casi estoy segura de que lo habría llamado; pero la señora de Parabere me libró de caer en tal tontería, pues al día siguiente lo habría despedido. Encargué á mis criados que dijese que yo estaba enferma y que no recibía á nadie, y la marquesa, sin advertirme, envió á uno de sus lacayos por el señor de Meuse.

Este llegó por la noche, mientras estábamos conversando, y me arrancó una exclamación de sorpresa y de alegría.

— Sí, es él — exclamó la señora de Parabere.

El marqués se mostró satisfechísimo y amable, y la cena fué deliciosa, cuanto más que yo había recobrado por completo mi lucidez, tan desahogada me sentía.

Salió con la señora de Parabere el de Meuse, ofreciéndome volver al día siguiente.

En espera de la visita del marqués, me quedé sola en casa, no atreviéndome á recibir á nadie; pero aquél no dió señales de vida en dos días, lo cual me puso desasosegada, por más que mostré la mayor indiferencia.

La marquesa quiso poner otra vez en planta sus habilidades; pero se lo impidió.

Por fin, al tercer día, el marqués me escribió una carta, que conservo, como todas las demás suyas, y que decía:

«Agradezco á V., señora, la deliciosa cena de la otra noche, y le ruego me perdone si después no la he visitado. En este instante estoy ocupadísimo; no tengo marido, es verdad, pero mil asuntos y mil distracciones no me permiten seguir como en otro tiempo el camino ya por mí olvidado. Por otra parte, señora, la presencia de un marido durante dos meses, y una ausencia prolongada, dejan huellas imborrables. La gente varía, no es la misma á nuestros ojos, ni quizá somos nosotros los mismos á los ojos de ella. Es una desgracia que no puedo remediar, con ser á ella más sensible que el que más. En cuanto me quede un instante libre, iré á ver á V. para manifestarle mi gratitud y darle las gracias por su amabilidad en tenerme por uno de sus amigos.

»Le besa los pies su humildísimo servidor.»

Esta fué la bofetada que recibí por haber escuchado un mal consejo y no haber sabido vencer á mi mortal y encarnizado enemigo; y es que constantemente llevamos en nosotros mismos la causa de nuestras desventuras, y no acertamos á substraernos á ella.

No acierto á explicar mis sensaciones, la vergüenza, la tristeza y la cólera que me abrumaban, pues echaba de ver lo que iba á seguirse y se siguió. Levantóse un runrún formidable, y la que más se distinguió fué la señora de Luynes, con haber aplaudido mi conducta y haberse alegrado de mi regreso al deber.

La señorita Aissé y las señoras de Feriol y de la Valliere clamaban á quién más, y decidieron volverme

la espalda ó poco menos. La señora de Parabere me sostuvo contra todos, y se lo agradecí en el alma.

Cierto día y de parte de la duquesa del Maine, la señora de Staal vino á buscarme, poniendo de esta suerte fin á tales enredos.

### LXIII

La ingeniosa duquesa del Maine era muy egoísta, como todos los personajes poderosos y ricos; quería que la distrajesen, y yo la distraía; lo cual fué para mí una dicha en aquel momento. Oyó la duquesa contar lo que me pasaba, y encargó á la señora de Staal que viniese á buscarme.

— Una vez en Sceaux — añadió la duquesa refiriéndose á mí, — para nada necesitará ya de tales mujeres, que no valen lo que ella vale y la atormentan. Sé lo que es el tedio, le tengo un miedo cerval y comprendo el que á ella le inspira.

Huelga decir que no me hice de rogar.

Antes de partir para Sceaux quise mudarme de casa, alquilar una habitación en armonía con mi fortuna y mis costumbres. Habíanme indicado una linda casita de la calle de Beaune, completamente aislada y bien provista, no de muebles, sino de hermosas ensambladuras, de espejos y de cuanto constituye el lujo casero. Tenía la casita un jardín muy bonito, lo cual me placía; como á la sazón no era ciega, me gustaba ver á los pajarillos en las ramas, las flores de los acirates, las cespederas, pues todo ello me recordaba mi infancia, la aldea y el castillo de Chamrond, donde había pasado mis más venturosos días.

Instalados en mi casa los muebles, contesté á la esquila de convite. La señora de Staal volvió, no una, sino varias veces, y de parte de Su Alteza me afirmé que yo tenía en Sceaux, no un asilo transitorio, sino un domicilio que la princesa me rogaba lo mirase como mi propia casa y me trasladase á él cuanto antes y por una temporada lo más larga posible.

En Sceaux no reinaba el esplendor que en otro tiempo, esplendor del que presenciara yo los postreros rayos. Desde la conspiración de Cellamare y después de haber éste sido encarcelado, la duquesa del Maine recibía á mucha menos gente; y es que, gracias á la lección, que había sido buena, ya no conspiraba.

Nada he dicho de aquella gran barrabasada, porque todos los libros hablan de ella. No hay escritor-zuelo que no la haya explicado á la posteridad más remota. Tampoco he dicho palabra respecto del pesar que me causó la muerte del regente; y aquí encaja decir que lo sentí profundo, y que lo disimulé para que no me clasificasen entre sus *plañideras*.

El duque siempre me había tratado bien, y nada tenía yo que echarle en cara, ni siquiera lo que las mujeres pueden reprochar á todos los hombres, la ingratitude; siempre dispuesto á favorecerme, me guardó *relativamente* el secreto.

Nuestras relaciones apenas trascendieron, y si hablaban de ellas, era sin seguridad. Por mi parte nunca las dí á conocer á nadie; á bien que fueron tan breves, que puede decirse que no figuraron en la vida galante de aquel príncipe, tan fecunda en lances de amor.

Tomadas mis disposiciones, salí para Sceaux con el presidente, que empezaba á cortejarme de un modo formal, y que era uno de los comensales asiduos de la señora del Maine.

El castillo de Sceaux era delicioso; ya lo he des-

crito. El parque, los jardines, los surtidores, eran magníficos.

Al llegar al castillo, dióme el corazón que en él iba á ser dichosa y á olvidar mis pesares. Allí sólo se vivía por el ingenio, y el ingenio es mi dios. Prefiero, y sobre todo entonces prefería el ingenio á todo lo demás.

La corte de la princesa se componía de gente ingeniosa por excelencia, una docena de personas que nunca la dejaban, aparte de sus criados: las señoras de Charost y de Luynes, la marquesa de Lambert, el cardenal Polignac, el primer presidente de Memes, y las señoras de Staal, de Saint-Aulaire, Dreuillet y otras. Olvidábaseme nombrar el presidente Henault y Formont, que fué á Sceaux después que yo.

El alma de aquella tertulia era la duquesa del Maine, cuyo marido tenía tal vez más talento que ella, pero no mostraba tanto; y es que la costumbre de verse dominado por su mujer lo obligaba á tragárselo todo. Cuando su mujer no estaba presente, el duque era mucho más amable. Recuerdo de él una frase que me llamó grandemente la atención al oírse la pronunciar.

—En el mundo—dijo,—sólo me ha conocido bien una persona, la señora de Maintenón. Nunca he sido realmente yo, más que en compañía de ella.

Creo que verdaderamente era así.

En cuanto á la duquesa del Maine, á pesar de sus tribulaciones conservaba la misma alegría y la misma sed de placeres. Era elocuente, chistosa y cortés sobre toda ponderación; pero estas gracias quedaban deslucidas por una injusticia, un orgullo y una tiranía sin ejemplo. Era forzoso obedecerla, no pensar sino en divertirla.

Con esta condición, la duquesa aprobaba y dispensaba todo lo demás.

Cuando, después de mi rompimiento, llegué, toda afligida, á casa de la señora del Maine, en cuanto me vió me dijo:

— Por ahí afirman que está V. triste, señora; pero supongo que no hay tal, ¿no es verdad?

— De haber yo estado triste, señora, junto á Vuestra Alteza Serenísima olvidaría mi tristeza.

— ¿Habla V. formalmente?

— Sí, señora, y Vuestra Alteza me hace un disfavor preguntándomelo dos veces.

— Ea, presidente, espero que V., que la ha acompañado aquí, la habrá curado de sus añoranzas. ¡Echar de menos á un fastidioso, marquesa! Nunca se lo perdonaré á V.

— ¿Y quién le asegura á Vuestra Alteza que sea un aburrido y no un fastidioso el que yo echo de menos?

— En cuanto á eso, señora, todos nos hallamos en idéntica situación; es el fin de todo.

Agasajáronme, recibieronme como al hijo prodigo. También Larnage estaba allí, y con no haberme visto hacía largo tiempo, todavía me amaba, como yo le amaba á él cada vez que una inclinación peligrosa no me impelía hacia otro lado. Larnage era mi genio del bien. De haberme casado con él, no hubiera habido en el mundo mujer más digna y dichosa que yo. A la cuenta, esto no pudo ser; mi camino estaba trazado en otra parte.

Diéronme una habitación á mi gusto, inmediata á la de la señora de Staal, que después de haber estado presa en la Bastilla no desempeñaba ningún cargo doméstico. Sin embargo, aquella se quejaba amargamente de su ama, que en verdad no la trataba como tenía derecho á serlo una persona que tanto había padecido y tan fiel se había mostrado.

Aquella misma noche asistí á una especie de co-

media, y anunciáronnos otras. Voltaire, que había pasado largo tiempo en casa de la mariscal Villars, de la que estaba enamorado, venía de vez en cuando á Sceaux; cabalmente estaba allí Voltaire aquel día, y la duquesa le encargó una pieza, que él prometió, no sólo escribirla, pero también representarla.

Asimismo encontré al conde de Tolosa en casa de su hermano. Tan pronto el regente hubo dejado de existir, el conde había hecho público su matrimonio con la marquesa de Gondrin, señorita de Noailles, á quien amaba hacía algunos años y con la cual se casara en secreto. ¡Qué amores aquellos! La señora de Gondrin reunía mil prendas estimables, sobre todo las del corazón.

En cuanto al conde de Tolosa, era, en la más lata acepción de la palabra, un hombre de bien y un gran señor. No tenía, como su hermano, lo que se llama una inteligencia excepcional; pero era recto, leal y caballeroso como los antiguos paladines. En lo bueno se parecía al rey su padre; de su madre había tomado poco, y entre ello la hechicera sonrisa de los Mortemart.

La residencia habitual del conde de Tolosa era Rambouillet, adonde el rey iba con tanta frecuencia como raramente se presentaba en Sceaux, donde por caso extraordinario se le veía.

El rey instaba incesantemente á los duques del Maine que fuesen á verlo; pero lo hacía de modo que éstos se negasen, pues el cardenal los temía.

Conocía el monarca las intrigas de los duques, su perpetuo afán de poder, su ardiente sed del trono. La duquesa, en sus días de expansión, decía sin ambages:

— No me habría casado yo con un bastardo, á no creer que, tarde ó temprano, él ó sus hijos tendrían derechos á la corona. Al fin y al cabo, mi ma-

rído es hijo del difunto rey, mientras que nuestro pequeño Luis XV quizá no era sino hijo de Nangis ó de Malezieu. Ni la duquesa de Borgoña podía afirmar lo contrario.

El duque del Maine, que era el disimulo y la reserva personificados, nunca pronunció sobre el particular una palabra delante de nadie. Tampoco asistía el duque á ninguna gran fiesta, pero sí á todas las pequeñas. Quien no conocía al del Maine, no habría descubierto bajo su exquisita finura, sus modales suavísimos y la debilidad de su irresoluto carácter, su profundidad de miras, sus proyectos y sus devoradoras ambiciones.

La señora de Staal me ha dicho repetidas veces que el duque pasaba noches enteras paseándose por el parque, como furioso que devora su rabia, maldiciendo á su madre, y al rey, el cual, no obstante su poder, no había sabido ponerlo á cubierto de todo ataque.

—¡Bastardo! ¡soy bastardo! — repetía incesantemente el duque.

Nadie era testigo de tales escenas, y cuando, por acaso, lo oían hablar de tal suerte, no lo dejaban traslucir.

Al otro día de mi llegada, por cierto poco oportuna, partieron todos para Sorel y para Anet, dos de los más deliciosos sitios del mundo, y á los cuales se trasladaba la corte de Sceaux durante los bochornosos calores del verano. Las señoras de Ribera y Castellane, Caderousse y su mujer, Mallegién y los señores de Vil eneuve nos esperaban allí.

Llegamos en medio de una tempestad, y la duquesa del Maine, asustada hasta más no poder, con disgusto de todos fué á encerrarse en su dormitorio.

La duquesa estaba sumamente constipada y tenía fiebre; pero no por eso dejaba de ir y venir; y

es que los príncipes están hechos ex profeso. De estar hechos como nosotros, no podrían resistir los increíbles oficios que desempeñan. La señora del Maine, no más corpulenta que una niña de diez años, era más robusta que un hombre de agigantada estatura.

Así, pues, al otro día, y en el bosque, hubo una gran cacería durante la cual arrostramos qué sé yo cuántos chaparrones. Mientras tronó, Su Alteza permaneció escondida en la choza de un guardamonte; pero mientras no hizo más que llover, permaneció en la calesa, á pesar de estar constipada, y se caló hasta los huesos, riendo á más y mejor. Yo no reía, pues tales diversiones me placen poco.

Pasamos varios días entregados á la caza y á los deportes náuticos. Por la noche cenábamos, y la señora del Maine tocaba el clavicordio, del que era apasionada. Yo era muy torpe en tal instrumento, y me apartaba de la mesa junto á la cual aquella siempre me retenía; pero no cabía sino hacer su voluntad, fueren cuales fueren sus caprichos.

Cierta noche en que estábamos escuchando la lectura de una linda pieza en verso, de autor anónimo, la duquesa tenía interés en dar á entender que el autor de aquella pieza eran ella ó su marido. La farsa era agradable, lo confieso.

En esto llegó un correo que calzaba grandes botas cubiertas de barro, y trajo una carta, pidiendo contestación inmediata.

—¡Ah! — profirió la princesa, — es del señor de Voltaire; ¿qué quiere de mí?

Habíase olvidado decir que Voltaire no nos había acompañado á Anet y que se había quedado en Sceaux, esto es, regresado á París.

Y, en leyendo la carta, la princesa añadió:

— Va á venir con la señora del Chatelet, y me pregunta si esto nos molesta. Díganle que no.

Su Alteza hizo una seña á la señora de Staal, que le servía de secretaria, y le dió algunas órdenes.

La lectura continuó, y después no se habló más que de Voltaire y de la hermosa Emilia. Era el principio de sus amores, ardientes, divinos, astronómicos. Emilia había violado el espíritu de Voltaire, y Voltaire se subía con ella á las nubes para contemplar ambos la luna y las estrellas, y no bajar de nuevo, hasta que les placía, á la tierra, donde se conducían del modo singular que va á verse.

Al otro día y en los siguientes, aquellos dos personajes continuaron siendo el tema de todas las conversaciones; pero como Voltaire ni Emilia se dejaban ver, y las impresiones no eran duraderas en aquella corte, dejaron por último de pensar en ellos.

De repente y en el instante más imprevisto, al levantarse de la mesa, Voltaire y Emilia aparecieron como dos espectros y oliendo á difunto embalsamado. Era media noche. ¡Valiente hora para presentarse en una ocasión como aquella! Pero ¡fueron siempre tan extraordinarios! Desde que sostenían relaciones, Voltaire había tomado las trazas de su Emilia, de la cual no quiero dejar de dar aquí el retrato, copiado del natural y de un parecido que asombró á todos.

«Figúrense Vds. una mujer alta y enjuta, de piel encendida, rostro aguileño y nariz puntiaguda; esto en cuanto á la figura de la hermosa Emilia, figura de la que ella está tan satisfecha, que nada omite por realzarla: plumas, dijes, abalorios, pedrería, todo lo emplea profusamente; pero como quiere ser guapa á despecho de la naturaleza, y magnífica á pesar de la fortuna, vese obligada, para darse este superfluo, á privarse de lo necesario, como son camisas y otras bagatelas.

«Nació Emilia con bastante talento, y el deseo de tener más le ha hecho preferir el estudio de las ciencias más abstractas; por esta vía singularísima cree conseguir más renombre y una superioridad decidida sobre todas las mujeres.

«No se ha limitado Emilia á esta ambición, quiso ser princesa, y lo ha sido, no por la gracia de Dios ni por la del rey, sino por la suya. Esta ridiculez se la han disculpado como las demás; todos se han acostumbrado á mirarla como á princesa de teatro, y casi se han olvidado de que es mujer aristócrata.

«Se afana por tal manera Emilia en parecer lo que no es, que ya nadie sabe lo que realmente es tal mujer; aun sus defectos quizá no son naturales, sino tal vez hijos de sus pretensiones; sus pocos miramientos puede que los deba al estado de princesa, su aspereza al de sabia, y su atolondramiento al de mujer guapa.

«Por célebre que sea la señora del Chatelet, no estaría satisfecha si no fuese celebrada, lo que también ha conseguido al hacerse la amiga declarada de Voltaire, que es quien da esplendor á su vida y al cual deberá la inmortalidad.»

Este retrato fué cabalmente trazado en casa de la señora del Maine, donde obtuvo la aprobación unánime; y con haber todos sacado copia de él, ni una fué á parar á manos de Voltaire ó de la señora del Chatelet. Muerta ésta, Argental, que conservaba la copia de aquella obra maestra, mostróla al desconsolado viudo, que la leyó con atención y dijo á su ángel con voz resuelta:

—La señora del Deffand es pintora; por mi vida, que tenía razón.

Y el viudo mudó plática.

Pero volvamos á aquel viaje y á su llegada; fué

un verdadero lance teatral. Necesitaron cenar y que les aparejasen camas. El portero tuvo que levantarse, y, tras el portero, otras muchas personas; todo lo cual levantó una tempestad de reclamaciones.

La señora del Chatelet hizo ella misma su cama, tan ocupada estaba la sevidumbre; y para darse un aire de sencillez complaciente, la hizo tan bien, que no pudo meterse en ella, y, al día siguiente, nos echó varios discursos sobre las proporciones, sobre el nivel y no sé sobre cuántas cosas más, que ni yo ni los demás entendimos.

A la señora del Chatelet le habían dado provisionalmente la habitación destinada al mariscal Maillebois, que se trasladaba á París; pero, al día siguiente aquélla pidió otra, y otra después, y finalmente probó cuatro.

Lo bueno fué que la señora del Chatelet se llevó de cada una de las habitaciones las mesas que había en ellas para reunir las en la última escogida; y es que las necesitaba de todas formas y dimensiones para sus estuches, sus papeles, sus libros, sus barajas y sus pomadas.

A causa de haber alguien volcado una botella de tinta sobre uno de los cálculos algebraicos de la señora del Chatelet, ésta levantó una polvareda de mil demonios, y, dando suelta á sus extrañas manías, se quejó del ruido.

Cierta mañana la señora de Staal entró en mi habitación, y, riendo, me dijo:

— A ver si adivina V. lo que en este instante está haciendo la señora del Chatelet.

— ¿Guarismos y planetas?

— No; hace un examen de sus principios. Reitera este ejercicio cada año; donde no, los perdería de vista.

— Lo creo. Su cabeza es para ellos una casa de

corrección, y como no es tal lugar el de su nacimiento, fuerza es que no los descuide.

Ni la señora del Chatelet ni Voltaire se presentaban hasta haber cerrado la noche. Ambos trabajaban durante todo el día, y nadie los veía hasta la hora de la cena. Si no se presentaban, servíanlos en su cuarto.

— Si la señorita de Breteuil pudiese verse en la señora del Chatelet aparejada de esta suerte, no daría crédito á sus ojos — decía la duquesa del Maine, á quien empezaban ya á cansar las extravagancias de aquélla.

Los dos amigos ensayaban y hacían ensayar, para representarla en nuestra presencia, una especie de farsa, indigna de Voltaire. Los cómicos eran medianos, Voltaire excelente, y la hermosa Emilia era soportable, si se exceptúa que continuamente le criticaban que era pequeña y gruesa, lo que formaba singular contraste con aquella larga y enjuta percha.

La señora del Chatelet representaba el papel de una doncella apellidada señorita de la Cochonniere. A mí propusieronme el de Bárbara, su aya; pero no acepté. Un tal Vanture, á quien la señora del Maine estaba empeñada en llamar Buenaventura, representaba el papel de Boursoufle. Ahora bien, como Vanture era muy abotagado, nos mostró demasiado á lo vivo el abotagamiento y no tuvo pizca de chispa. El personaje era forzado por todo extremo, y lo demás no podía menos de ser como el personaje.

Un tal París, mayordomo de la duquesa de Estrees, representó discretamente el papel de un ladronzuelo llamado Mandrín; los demás papeles eran secundarios. Como farsa, en conjunto salió bastante bien, pero me daba pena que fuese autor de ella Voltaire; el cual la ennobleció un poco representando un proverbio con la señora Dutour, la Bárbara de

la señorita de la Cochonniere. Todos pasaron alegremente la velada, y rieron y se divertieron como era costumbre en aquella corte, esto es, burlándose unos de otros.

Las más encopetadas damas que allí había eran las duquesas de Saint-Pierre y de Estrees, á quienes trataban con grandes miramientos, porque ¡ahí era nada que en Sceaux se presentasen duquesas para hacer la corte á la del Maine! ¡Y es que aquella malaventurada bastardía había hecho tantas diabluras bajo el reinado precedente y al principio de la Regencia! El duque de Saint-Simón y otros advenedizos se habían encaramado de tal suerte á propósito de esta dignidad, que la corte de Sceaux les echaba un puente de sonrisas para atraerlos.

Al otro día de haberse representado la comedia, Voltaire y su Urania nos dejaron; el duque de Richelieu quería verlos antes de salir para Génova. Aquéllos, al partir, me dijeron que se trasladaban á Lorena, donde pensaban avocindarse.

—Renunciamos al mundo, señora; vamos á establecernos en la soledad para cultivar las artes y la amistad. Nos visitará V., ¿no es verdad?

—Así es — contesté, ganosa de ver aquella intimidad y una casa instituída por tales personajes.

—No á todos dirigimos el mismo ruego; somos y seremos muy exigentes. Ya verá V. cómo instarán para ir á vernos.

—No lo dudo, y le estoy muy agradecida, señora. En cuanto á V., señor de Voltaire, ya sabe cuánto lo admiro.

Los dos amigos partieron muy temprano, y no volvieron á verlos.

Durante cinco ó seis días, Voltaire y su amiga fueron blanco de las más acerbas críticas, en particular por parte de la señora del Maine.

—Todo eso se lo disculpo yo á Voltaire, porque, como hijo de notario, le son desconocidas nuestras costumbres; ¡pero la señora del Chatelet y la señorita de Breteuil!

—Señora—repuse,—cabalmente es por eso; el señor de Breteuil ha podido enseñar á su hija los modales de los mayordomos de provincias y de la magistratura de París; por lo que hace á los de la corte, los ignora.

—El, á lo menos ha visto la corte, y durante toda su vida ha tratado á personas de cuenta; ¡pero ella! no puedo tragar sus andares de diosa burguesa. El espíritu de Voltaire le sirve de paraguas; pero, repito, que nadie tiene que decir: si él se sentase sobre la mesa, se lo perdonaría; pero á ella, nada.

Nunca pudo la señora del Maine ver con buenos ojos á la señora del Chatelet. Por lo demás, lo mismo pasaba á los otros, y el más claro ingenio del siglo revelaba en aquella pasión un gusto extravagante.

A mi modo de ver, lo peor es que la señora del Chatelet era ridícula y fastidiosa.

## LXIV

Partido que hubieron Voltaire y su diosa, anudamos nuestra vida habitual, quiero decir que nos entregamos nuevamente á los paseos, á la caza y á las diversiones. Por la noche, los títeres, y en ocasiones piececillas y comedias: siempre el ingenio, versos, canciones, en las que el duque del Maine se llevaba la palma. Yo disfrutaba por manera indecible en medio de aquella sociedad.

La señora de Staal se quejaba abiertamente de